

ORÍGENES E IDEOLOGÍA DEL NACIONALISMO VASCO

Por JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN (*)

A Ciriaco Garralda y Sancet (+1930) y aitaborce Federico Garralda y Argonz, su hijo (+1929), escritores ambos, en vascuence salacenco, en Euskal-Erriaren Alde. Revista de Cultura Vasca y en Euskal Esnalea (1911-1923). Aita Teodoro Garralda Goyena (+2000). En Ochagavía -valle de Salazar, Navarra- junto a Nuestra Señora de Musquilda.

«(...) una mentalidad racionalista y voluntarista, idealista e incluso utópica (...). Es decir, todo lo antitético de cuanto constituye la esencia del derecho foral, en general, y, específicamente, del tradicional en Cataluña» (Juan B. Vallet de Goytisolo, *Reflexiones sobre Cataluña*, 1989, p. 320).

«Siendo el hogar santuario del ciudadano, nada hay de extraño en que los vascos lo miraran como un templo (...). El espíritu característico de libertad del País Vasco, se manifiesta, una vez más, en la constitución y funcionamiento de las Corporaciones municipales (...). Regirse un pueblo, a sí mismo, es empresa, singularmente, gloriosa por la capacidad espiritual que supone (...). Un pueblo regido por usos y costumbres, es a nuestro juicio, admirable» (Aranzadi, 1918).

«Un pueblo es la condensación viva de los acontecidos del pasado, jamás la suma de determinados rasgos físicos (...) Son los Fueros sistemas de libertades políticas concretas, viniendo directamente de la noción católica del hombre entendido por ser metafísico labrador de una concreta historia. De ahí sean normas legales nacidas de la historia, sean la versión jurídica de la trayectoria secular de un pueblo.» (Francisco Elías de Tejada, *El Señorío de Vizcaya y su Fuero*, 1977).

(*) Historiador.

1. NUEVAS PERSPECTIVAS

1.1. Propósito y razones de este estudio.

En estas páginas se investiga un arduo tema, complejo como «pozo sin fondo», de innegable e inquietante actualidad. Desde hace un tiempo a esta parte, las publicaciones sobre el nacionalismo vasco se han multiplicado. Hay estudios académicos de pensadores y, sobre todo, de historiadores. Aquí sólo nos interesa la lista de estos últimos, que es larga. Por eso soslayan los trabajos de un prisma político, por otra parte legítimo siempre que se identifique como tal.

Las preguntas iniciales fluyen espontáneas: ¿cual fue, en profundidad, la ideología de los primeros nacionalistas vascos? ¿Resiste esta ideología la crítica histórica? ¿Qué arguyeron los tradicionalistas vascos del momento sobre la ideología nacionalista vasca? En estas páginas omitiremos cualquier juicio de valor sobre la ideología nacionalista analizada. Lo que sí haremos es presentar diferentes críticas clarificadoras desde la ciencia política y, sobre todo, desde el pensamiento tradicional coetáneo al nacionalismo, siempre que sirvan para responder a las preguntas iniciales planteadas. En efecto, nuestro único objetivo es analizar el nacionalismo desde sí mismo y desde sus coetáneos.

Más en concreto, el planteamiento de estas páginas es el siguiente: A) Es principalmente histórico, pues el empirismo de los datos permite estudiar el pasado por sí mismo, lejos de una historia ideológica o bien presentista. B) La ciencia política permite clarificar, identificar y explicar el propio nacionalismo como movimiento político e ideológico. C) La historia del pensamiento tradicional vasco coetáneo al nacionalismo, facilita el análisis de la supuesta relación entre el carlismo y el nacionalismo vasco. Estos dos últimos aspectos metodológicos son tales que permiten analizar la ideología nacionalista desde varias perspectivas.

Todo ello permite estudiar con rigor y detalle, en su origen, desarrollo y transformaciones, los principales hitos de la ideología del nacionalismo vasco, y su derivación político-práctica. También facilita detectar las diferentes posturas que el mismo nacionalismo adoptó en los inicios de su breve historia. En tercer lugar, hace posible el análisis de la relación existente entre la ideología nacionalista y el pensamiento tradicional de entonces, sea español sea vasco englobado en él. Para ello se ha profundizado en las fuentes del pensamiento nacionalista originario, en las bases y fundamento de este último, en el sentido de su acción, y en los diferentes hechos históricos.

Es importante advertir la existencia de dos planos diferentes en el nacionalismo vasco. Se trata del plano ideológico y el plano político-práctico, que están unidos, mientras que el segundo plano depende del primero. En todo ello la ideología nacionalista mantiene una patente continuidad en el tiempo.

En el plano ideológico se estudia las tesis de *La nación vasca* de Aranzadi Etxeberría, que introdujo la ideología nacionalista y el catolicismo-liberal en el movimiento separatista de Arana-Goiri`tar Sabin, tras la conversión españolista de Sabino Arana y la creación de la Liga de Vascos Españolistas. Esto permite analizar si el nacionalismo vasco recogió, prolongó y manipuló la tradición vasca, y si fue el tradicionalismo o bien el liberalismo en general el responsable del origen y desarrollo de dicho nacionalismo vasco.

En otra ocasión examinaremos la evolución nacionalista de Jesús Sarría y Ramón Belaustegioitia, entre otros, hacia un liberalismo declarado, la propuesta de Federación Ibérica de dicho Sarría en 1917, y la nueva nación vasca de Fernando Sarrailh anunciada en la segunda mitad del siglo XX. Este último introdujo el socialismo y marxismo en el nacionalismo y ha sido uno de los principales inspiradores del Movimiento de Liberación Nacionalista Vasco (MLNV).

El nacionalismo ideológico tiene como meta social la conservación y engrandecimiento de la raza vasca (Aranzadi, *La nación vasca*, 1918, págs. 179-183). Su meta política implica la libertad originaria mediante la derogación de la Ley de abolición de los Fueros del 25-X-1939, la soberanía vasca, que Euzkadi sea un todo y no una parte, el pasado «estado de separación», la independencia política, el rechazo de lo llamado exótico, la unidad constitucional vasca con inclusión de las siete regiones de Euzkadi, y la decisión de las juntas Generales sobre todo lo conveniente a la patria vasca (Íd. págs. 183-193).

Las variaciones ideológicas durante la II República no afectaron a la esencia del nacionalismo, que aspiraba a un orden internacional basado en los Estados Nacionales. Los cambios ideológicos del nacionalismo de derechas en la segunda mitad del siglo XX son escasos, aunque significativos. Citamos los siguientes: hoy el nacionalismo acepta plenamente el liberalismo, sustituye el objetivismo de ser vasco por el voluntarismo debido a las actuales necesidades de la inmigración, sustituye la raza por la lengua como primer elemento del principio nacional, potencia el centralismo y el uniformismo a beneficio de la «razón del Estado-nacional», politiza el clero, etc. Sin embargo, queda dicho que el cambio más radical en la evolución del nacionalismo lo ofrece hoy el nacionalismo socialista, más reciente y que no contradice el internacionalismo propio de la izquierda.

En el plano político o práctico, el nacionalismo depende de su objetivo político señalado en el ámbito ideológico, que es la independencia. Las circunstancias le indican hasta donde puede llegar en la realización de sus objetivos. En el plano práctico, este nacionalismo aspira a la conquista del poder político mediante la autonomía y/o la independencia según el caso, y plantea lograrlo siguiendo la legalidad. A su vez, esta vocación de poder político supone y supera un esfuerzo de implantación nacionalista en el ámbito cultural y social.

De la unión entre ambos planos, ideológico y político, resulta el nacionalismo radical (ideología y política independentistas), o bien el nacionalismo

posibilista (ideología independentista, con política independentista o bien autonomista), «de acuerdo con el principio de firmeza en los contenidos doctrinales y flexibilidad en los procedimientos» (Beobide).

En el cumplimiento de una de las funciones secundarias de la ciencia histórica, en este trabajo ofrecemos un material que puede ayudar a entender el presente, y a vislumbrar las posibilidades del futuro implícitas en el ayer. Sea lo que fuere, repetimos que el principal propósito de esta investigación es analizar la ideología del nacionalismo vasco originario según los propios nacionalistas del ayer, clarificarla desde la ciencia política, contrastarla con la crítica histórica, y compararla con el pensamiento tradicional coetáneo al nacionalismo, toda vez que algunos han supuesto una continuidad entre el carlismo y el nacionalismo vasco.

1.2. Fuentes de conocimiento y nuevas perspectivas.

Como investigación de historia del pensamiento político, y fuente para conocer las formulaciones originales del primer nacionalismo, no vamos a utilizar los escritos de Sabino Arana Goiri (1) sino el libro de Fr. Evangelista de Ibero (seud. *Iber*) titulado *Ami vasco* (1906) y, sobre todo, *La nación vasca* (1918) de Engracio de Aranzadi Etxeberría (2), que introduce un liberalismo incipiente o catolicismo-liberal.

En beneficio de la claridad expositiva, hemos omitido el aparato crítico del pensamiento tradicional coetáneo al nacionalismo vasco, que puede apreciarse

(1) Sabino Arana, *Obras Completas*, Sendoa Argitaldaria, Donostia, 1980, 3 tomos. Por ejemplo, es muy interesante la "Colección de pensamientos, seleccionados en los escritos del maestro del nacionalismo vasco", titulada *De su alma y de su pluma*, y publicada con motivo de la celebración de las "Bodas de oro" del Nacionalismo vasco (1882-1932), 1932, 320 pp. *Sólo por Dios ha sonado*, México, 1914, 14 pp. es la reproducción del folleto publicado por Arana con este título en 1897. Por último, *El partido carlista y los Fueros Baskos. Polémica que sostuvo nuestro llorado maestro Sabino de Arana y Goiri con los enemigos de Euzkadi*, Buenos Aires, 1912, 150 pp. recoge la polémica publicada anteriormente por el periódico nacionalista *Irrintzi*.

De una forma divulgativa, algunas de las afirmaciones de Sabino Arana están recogidas en Jesús-María Zubillaga, *"Euzkadi" y el vasconacionalismo. Los orígenes y frutos del nacionalismo vasco*, Madrid, 1978, 170 pp.; e Ignacio del Burgo, *El ocaso de los falsarios*, Madrid, Ed. Laocoonte, 2000, 192 + 3 s/n., vid. cap. I, pág. 13-27. Véase una breve antología reciente en *Páginas de Sabino Arana (fundador del nacionalismo vasco)*, Madrid, Ed. Criterio-Libros, 1998, 128 pp. Prólogo de Adolfo Careaga.

También tienen interés, por recoger y comparar testimonios de tres tendencias nacionalistas –Sabino Arana (integrista), Aguirre (democristiano) y Krutwig y ETA (marxista)–, unos *Apuntes sobre Nacionalismo Vasco* del Centro Español de Estudios históricos Contemporáneos, Buenos Aires, 92 pp. s.l., s. f., folleto fotocopiado sin encuadernar (150 x 210 mm). Su fecha, al parecer, es próxima a 1975.

(2) Iber (seud. de Fray Evangelista de Ibero), *Ami vasco*, Bilbao, Imprenta de E. Arteché, 1906, 94 pp., 90 x 135 mm.; Engracio de Aranzadi Etxeberría, O.B., *La nación vasca*, Pizkundia-Euzko-Argitaldaria, Bilbao, 1918, 195 pp. + 3 s.n., 150 x 205 mm. Aranzadi también escribió *Ereintza (Siembra de nacionalismo vasco)*, Zarauz, 1935, y colaboraciones en el diario *Euzkadi* del que fue director.

en los trabajos de Garmendia, Mata, Montero, López-Antón entre otros, en Vázquez de Mella, en la polémica sobre los Fueros mantenida por Echave-Sustaeta y Sabino Arana, en la bibliografía de la época (La Biblioteca Popular Carlista, los almanaques, folletos, etc.), en la prensa tradicionalista, etc.

Aunque las conocemos, no vamos a analizar las tesis de Campión, Sarría, Eleizalde y los hermanos Belaustegigoitia, contemporáneos todos ellos a Aranzadi (3). Sarría y Ramón Belaustegigoitia serán liberales declarados. Por su parte, José Antonio Aguirre Lecube –1904-1960– (*De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*) hereda las posiciones de los escritores anteriores, añade sus peculiares circunstancias políticas, y muestra las posiciones liberales de la posterior democracia-cristiana.

Tampoco analizaremos aquí la reformulación del nacionalismo marxista durante los últimos 50 años. Para ello puede seguirse el libro de Federico Krutwig (Kruzwig) Sagredo –1921-1999– (Fernando Sarrailh de Ihartzza), *Estudio dialéctico de una nacionalidad. Vasconia* (agosto, 1963). De este humus surge E.T.A. (*Euzkadi ta Askatasuna*, Euzkadi y Libertad) en 1957 y su I Asamblea en mayo de 1962. El propósito de Krutwig fue «demostrar que existía un nacionalismo diferente al de Sabino Arana», es decir, llamado «progresista» (1984), identificado por él con el marxismo maoísta. También puede consultarse del mismo autor *La nueva vasconia* (1979) (4). En *La cuestión vasca* (1965) Krutwig tiene constantes referencias marxistas, y en su artículo *Nacionalismo revolucionario* (1966) habla de unos cauces revolucionarios diferentes a los del comunismo clásico. Otros autores como Álvarez Enparantza –*Txillardegi*–, Garmendia, Juaristi, Letamendía, Onaindía, etc., ofrecen singulares aportaciones de variado carácter e importancia (5).

(3) Arturo Campión, *Nacionalismo, Fuerismo y Separatismo*, Tolosa, Euskal-Erriaren alde, 1906, 70 pp.; Ídem. *Obras completas.*, Iruña, Ed. Mintzoa, 1983 vol. XIII: *Discursos políticos y conferencias*, 439 pp. pág. vid. Conferencia del 7-I-1906 pág. 237-283; Jesús de Sarría, *Ideología del nacionalismo vasco*, Bilbao, Ed. Verdes, 1918, 129 pp.; Ídem. “En defensa nacional”, Bilbao, Ed. Vasca, 1919, 21 pp.; Ídem. *Gobierno propio vasco y unidad de gobierno*, Bilbao, Ed. Vasca, (1918), 13 pp.; Ídem. *Oligarcas y ciudadanos*, Bilbao, Ed. Vasca, 1919, 27 pp.; VV.AA. *Federico Belaustegigoitia (1876-1947)*, Vitoria, Ed. Diputación Foral de Álava, 1989, 190 pp.; Ramón de Belaustegigoitia, *Con Sandino en Nicaragua*, Bilbo, Ed. Txalaparta, 1987, 143 pp.; Luis de Eleizalde, *Países y razas. Las aspiraciones nacionalistas en diversos pueblos*, Bilbao, 1914, 149 pp.; Ídem, *Raza, Lengua y Nación Vascas*, Bilbao, 1911.

(4) Fernando Sarrailh de Ihartzza (seud. Federico Carlos Krutwig Sagredo) *Estudio dialéctico de una nacionalidad. Vasconia*, 1963, 600 pp.; Ídem. *La Nueva Vasconia*, Oyarzun, Biblioteca de Autores Vascos, 1979, 638 pp.

(5) José Luis Álvarez Enparantza, (a) *Txillardegi, Euskal Herria en el horizonte*, Tafalla, Ed. Txalaparta, 1997, 301 pp.; a Txillardegi le responde Carlos Ibáñez Quintana, *Amor a Euskalerría. Reflexiones de un carlista vasco en torno al nacionalismo*, Barcelona, Ed. Scire, 2000, 125 pp. col. “Historia Viva” n° 2.; Ídem, “El llamado derecho de autodeterminación de los pueblos”, Madrid, Rev. *Verbo*, n° 249-250 (1986) págs. 1363-1372; José María Garmendia, *Historia de ETA*, San Sebastián, Haranburu, 2.ª ed. 1996, 558 pp.; Francisco Letamendía Belzunce (Ortzi), *Historia del nacionalismo vasco y de E.T.A.*, San Sebastián, Ediciones R&B, 1994, 3 vols., vol. III: 503 pp.; Jon Juaristi, *El bucle melancólico. Historia de nacionalistas vascos*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 6.ª ed. 1998, 389 pp.

Estas fuentes primarias, estudiadas en paralelo a las investigaciones críticas más actuales (6), permiten concluir: A) La profunda ruptura del nacionalismo vasco fundacional respecto a la configuración y los contenidos inherentes a las tradiciones vascas. B) La paulatina conversión del inicial catolicismo liberal de Aranzadi en liberalismo durante la segunda mitad del siglo XX. C) La posterior reverberación de dicha ruptura en el posterior nacionalismo marxista, heredero del nacionalismo liberal.

Desde el comienzo advertimos que vamos a utilizar el término *Euzkadi* y no el de *Euskadi* —o bien Euzcadi—, por figurar el primero en toda la documentación utilizada.

2. FRAY EVANGELISTA DE IBERO

2.1. El autor y su obra.

Antes de estudiar *La nación vasca* de Aranzadi, conviene conocer el entorno nacionalista clerical. Elegimos al efecto al P. Evangelista de Ibero (Ramón de Goicoechea y Oroquieta, 1873-1909, seud. *Iber*), un religioso capuchino nacionalista, conocedor de Sabino Arana y de Aranzadi. Aunque el nacionalismo vasco fue marginal en Navarra, la figura de este capuchino es interesante. De todas formas, queda perdida en el localismo navarro y la tensión política del momento. Aunque *Iber* no fue una figura verdaderamente representativa, ha sido someramente estudiada por la historiadora Martínez-Peñuela (7).

Fray Evangelista fue el primer teórico en Navarra del nacionalismo vasco. Fue autor del libro titulado *Ami vasco*, dedicado a Arana-Goiri «mártir de Jaungoikua y de Euzkadi». Este consiste en un catecismo de 197 preguntas y

(6) , Entre los historiadores actuales citamos: Acosta, Arbeloa, Beobide, Corcuera, Chueca, De la Granja, Elorza, Fusi, García de Cortázar, García Venero, Garmendia, Gortari, Gurrutxaga, Izu Belloso, Jáuregui, Laronde, Letamendía, López Antón, Nieva, Martínez-Peñuela, Mata, Olábarri, Payne, Recalde, Solozábal, Sullivan, etc. Por ejemplo, F. García de Cortázar, J.M. Azcona, «El Nacionalismo vasco», Madrid, *Historia* 16, 1991; Mario Hernández Sánchez-Barba, «El Nacionalismo: anacronismo en la postmodernidad», *Historia Abierta*, nº 14, nov. 1994. Desde un punto de vista más político: A. Vidal Quadras, *Amarás a tu tribu*, Barcelona, Ed. Planeta, 1998; Ignacio del Burgo, *El ocaso de los falsarios*, Madrid, Laocoonte, 2000, 192 pp.

(7) Araceli Martínez-Peñuela Virseda, *Antecedentes y primeros pasos del nacionalismo vasco en Navarra: 1878-1918*, Gobierno de Navarra, 1989, 233 pp., pág. 122. Aunque los contenidos del libro sobrepasan el nacionalismo vasco, sobre él trata Miguel José Izu Belloso, *Navarra como problema. Nación y nacionalismo en Navarra*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2001, 461 pp. pág. 189-201. El primer término de este último título es más periodístico que real; bastaría con el segundo término de entender la “nación” como “nacido en”, que es su sentido antiguo. José Manuel Azcona Pastor y Joaquín Gortari Unanua, *Navarra y el nacionalismo vasco. Ensayo histórico-político sobre las señas de identidad originaria del Viejo Reino*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2001, 332 pp. Vid. Arturo Campión, págs. 172-179, *Nacionalismo vasco*, cap. VII, 213-230 pág.

respuestas, dividido en 11 capítulos y una conclusión. Está escrito en castellano. Su carácter es didáctico. En él se sintetizan las teorías nacionalistas de carácter objetivista y por ello de influencia germánica. Este catecismo tiene la huella de Aranzadi, pues no en vano fue su corrector.

Ami vasco de Iber tiene menos valor que el libro titulado *La nación vasca* de Aranzadi, debido a la redacción escueta de aquel y a su revisión por este último autor. Aranzadi desarrolla mucho más que Iber los contenidos ideológicos, goza de un mayor bagaje intelectual, sistematiza mejor la ideología nacionalista, y pudo distanciarse de *Ami vasco* porque, entre ambos libros, transcurren nada menos que doce años. No obstante, aunque Iber no profundice tanto como Aranzadi por la falta de extensión de su libro, tiene en cambio la cualidad de la concisión, que le obliga a precisar y definir los términos políticos. En este sentido, *Ami vasco* es un complemento necesario de *La nación vasca*, aunque ambos libros ofrezcan una suficiente claridad ideológica.

El autor capuchino de *Ami vasco* fundamenta la nacionalidad vasca en la raza y la sangre como en su elemento principal, así como en el primer origen paterno. Pero no por esto era poligenista. La lengua es para él un elemento más, aunque importante, de una construcción política. Como nacionalista que es, soslaya el vasquismo cultural y explica directamente el vasquismo político. Para ello olvida los diversos desarrollos experimentados por los pueblos a lo largo de las generaciones. En política, *Ami vasco* defiende un sistema político que reconozca el derecho de la raza vasca a vivir con independencia de toda otra raza, retrotrae en lo fundamental la situación política a 1839 (fecha que entiende en clave nacionalista, en vez de hacerlo desde una base jurídica como hacían los tradicionalistas), y se muestra abiertamente anticarlista y contrario a los integristas. Conforme a estas ideas declara profesar el nacionalismo vasco.

El autor de *Ami vasco* sigue a Sabino Arana, a quien califica de *maestro*. Coincide con *La nación vasca* de Aranzadi al identificar la nacionalidad vasca. Sin embargo, no comparte el idealismo de Aranzadi, ni otros aspectos derivados de aquel. Cuando expliquemos *La nación vasca*, indicaremos las semejanzas y alguna discrepancia entre ambos autores. Será importante.

2.2. El sermón y la catedral.

Fray Evangelista también predicó un sermón en la catedral de Pamplona el 8-IV-1902. En su predicación estuvo presente el obispo de Pamplona. Este sermón fue publicado por la Biblioteca Católico-Propagandista de Pamplona ese mismo año y distribuido en 1903. El motivo del sermón fue la festividad celebrada en la catedral de Pamplona ante la imagen del tradicionalmente venerado San Miguel de Excelsis. La ocasión era importante por dos razones: 1.º La fuerte significación de San Miguel frente al liberalismo (el «No serviré» de Lucifer citado por León XIII en su encíclica *Libertas* n.º 11), y 2.º La tradicional importancia de San Miguel en el mundo cultural vasco. Este sermón es una pieza de

oratoria religiosa antiliberal, que enfatiza «la tremenda y pavorosa guerra que la moderna impiedad ha declarado a Dios» en los ámbitos cultural y político. También combate la neutralidad de los liberales, y reclama la unión de los católicos.

El sermón provocó la airada protesta por parte de la izquierda ideológica o liberal, y un proceso judicial fallado a favor del P. Evangelista. La derecha no nacionalista vasca aceptó, o al menos toleró, el sermón, a pesar de las opciones temporales que este reflejaba y a continuación desarrollamos. Dichas opciones incluyen: unos ribetes culturales vasquistas, la reducción de la cultura de la zona media de Navarra a los aspectos culturales vascos, la creación de un imaginario colectivo de resistencia específica y vasca, y la unión de los católicos, por otra parte propugnada por León XIII en su encíclica *Cum multa*. De todas maneras, en este sermón el P. Evangelista hablaba de Vasconia como región de España —no como nación—, y su antiliberalismo fue bien recibido por los carlistas y los integristas.

Si se acepta la confusión nacionalista entre lo cultural y lo político, quizás hoy se aprecie el contenido del sermón de forma diferente a cuando se pronunció. Sin embargo, no tiene por qué consentirse dicho equívoco; desde luego, en 1902 no se admitió. Además, el carácter religioso del sermón hizo que las declaraciones vasquistas del orador sagrado fuesen culturales y genéricas, no directamente políticas, y que los elementos temporales y opinables —marco o escenario para los contenidos sagrados—, fuesen bien aceptados o al menos tolerados por los fieles asistentes.

Los elementos temporales advertidos en el sermón del P. Evangelista son los siguientes.

A) Las referencias etnográficas y culturales a los vascos y a Vasconia otorgan al sermón unos ribetes culturales —no políticos— vasquistas propios del momento. Estos eran apreciados con mucho gusto por muchos y con indiferencia por algunos otros. En efecto, es preciso situarse en la época. Estamos ante el renacimiento cultural vasco (v. gr. la *Asociación Euskara* a la que, entre otros, pertenecían significados carlistas), la proyección del Partido Fuerista sobre las cuatro provincias, y la *Gamazada* en la Navarra de 1893. Este último movimiento unió a todos los navarros —incluidos los liberales— en defensa del Fuero, frente al centralismo del ministro liberal Germán Gamazo que intentó modificar la Ley Paccionada de Navarra de forma unilateral.

B) Algunas afirmaciones del sermón son sutilmente algo más que vasquistas-culturales. Ello facilita trasladar el vasquismo cultural al ámbito político, aunque el orador sagrado mantuviese las distancias al respecto. Por otros motivos y no por el recurso a la cultura vasca, algunas ideas del sermón quizás puedan catalogarse de pre-nacionalistas vascas. Ello no tiene parangón con *Ami vasco* del mismo autor y con *La nación vasca* de Aranzadi, que son libros plena y declaradamente nacionalistas. Desde luego, la naturaleza religiosa del sermón, y la variedad de los oyentes, moderó la tendencia nacionalista del orador sagrado, implícita en el sermón pero oculta debido a las circunstancias de todo tipo, sean religiosas, sociales y políticas.

Es importante destacar que el autor no habla de la nación vasca, ni de soberanía nacional, ni de independencia o separación de España. Además afirma que Vasconia es una región de España. Todo ello hace que el sermón no sea nacionalista aunque, como ya se ha dicho en el punto anterior, puede ser circunstancialmente prenacionalista.

Aunque a fuerza de ser algo prolijos, dicho prenacionalismo parece observarse en los diez aspectos siguientes. 1.º) Sólo se dirige a los vascos, siendo así que en Pamplona y Navarra había una pluralidad cultural y étnica de fieles. 2.º) Se reduce la cultura del lugar, que sobrepasaba los valles inmediatos al santuario de Aralar, a los aspectos culturales vascos. 3.º) Se identifica la personalidad y unidad del pueblo vasco con la raza, su antigüedad, la independencia, la limpieza de sangre, y un cristianismo viejo y antiliberal. 4.º) Se configura una Vasconia idílica y formando una unidad antes de someterse a Castilla y Aragón. 5.º) Se afirma a Vasconia como una unidad social, cultural e incluso quizás política, de manera que el pueblo vasco se expresaría como una unidad compuesta de aspectos no sólo culturales. 6.º) Se crea un imaginario colectivo de resistencia específica y vasca. 7.º) El orador destaca que Dios debe salvar al hombre individual, pero también «á pueblos y naciones», esto es, a la raza vasca, al pueblo vasco (con otro público *Iber* quizás hubiera dicho nación vasca), a Vasconia (que para el orador coincidía con Navarra y parte de Guipúzcoa). 8.º) Fray Evangelista menciona a Vasconia como la región más católica de España y del mundo, aunque no niega directamente que también España fuese católica. 9.º) El autor no menciona a Navarra, que parece quedar englobada en Vasconia, esta última dentro de España. Algunos podrían justificar esto último porque el sermón conmemoraba a San Miguel como patrón de los valles pirenaicos occidentales, por las referencias sobre todo culturales del sermón, o bien por no incluir políticamente a Navarra, ni referirse culturalmente a toda ella. Sin embargo, esta posición parece sesgar demasiado la realidad de una comunidad histórica que, desde los valles pirenaicos hasta la ribera Navarra, era cuna de Fr. Evangelista y de los fieles oyentes:

«(...) me glorío de pertenecer al hidalgo pueblo vasco (...) Su nobleza se ve patente en la antigüedad de la raza, en la independencia en que constantemente ha vivido, en lo limpio é incontaminado de su sangre transmitida de generación en generación, sin jamás mezclarse con sangre de otras razas (...) (San) Miguel vela incesantemente por su amado pueblo vasco (...) la causa de Dios es la causa del pueblo vasco (...) El pueblo vasco ama su religión más que la tierra donde vive, más que su libertad, más que sus fueros, más que su propia lengua (...). Así lo entienden los escritores y literatos que dirigen el regionalismo vasco, y por eso son todos católicos fervorosos. Lo digo en honra de ellos y en honra también de Vasconia. Entre los directores del regionalismo catalán y lo mismo podría afirmar de otras regiones, los hay impíos, masones, ateos, enemigos en suma de Cristo. Lo contrario sucede entre los vascos; los vascos ponen la fe de Cristo por base de la

restauración de su patria, y si por maravilla hay algún vasco que reniega de la fe de Cristo, no tarda, gracias á Dios, en renegar de su patria (...). Resulta, pues, que aunque no sea más que por el bien de nuestra raza, debemos luchar por Dios. (...) no olvidéis que estoy hablando con vascos».

10.º) Por otra parte, además de los aspectos culturales, en el sermón hay precisiones y perspectivas históricas. En relación con Castilla y Aragón, y después de considerar idólicamente a Vasconia como pueblo vasco unido y victorioso frente a los romanos, musulmanes, franceses, etc., el autor afirma, aunque con prudencia, lo siguiente:

«(...) y si al cabo nos sometimos á los reyes de Castilla y Aragón, nos sometimos, no porque eran reyes de Castilla y Aragón, sino porque eran nuestros reyes, y como tales firmaban sus decretos y juraban nuestros fueros (...) Si España es la nación más católica del mundo, Vasconia es la región más católica de España».

C) En tercer lugar se critica y rechaza a los partidos políticos existentes (alfonsinos, carlistas e integristas) en favor de otro nuevo, que implique la unión de los católicos, y defienda el lema de «Dios y Fueros» como única solución a favor de dicha unión. Paralelamente, el autor también alaba a los directores del regionalismo vasco. Quizás este sea el aspecto más polémico de esta homilía antiliberal, pues propone la superación política de alfonsinos, carlistas e integristas. En defensa de la unión de los católicos Fr. Evangelista dice lo siguiente:

«(...) cuatro son las banderas que enarboláis los católicos navarros; la de los alfonsinos dice: DIOS, FUEROS, DON ALFONSO; la de los carlistas dice: DIOS, FUEROS, D. CARLOS; la de los integristas dice: DIOS, FUEROS, INDIFFERENCIA DE FORMAS DE GOBIERNO; la de los republicanos, si alguno hay católico y fuerista, dice: DIOS, FUEROS, REPÚBLICA. ¿Bajo cual de esas banderas se han de unir y agrupar los católicos vascos? Bajo ninguna. (...) la bandera de unión católica vasca debe ser más grande y amplia que las cuatro dichas (...) la que tiene por lema: DIOS Y FUEROS. He aquí la fórmula de unión, la manera de unirnos los católicos vascos: todos los que defendemos la causa de Dios y los fueros de Vasconia somos amigos, somos hermanos, somos miembros del gran partido católico-vasco que acaudilla Cristo (...) todos los católicos vascos estamos acordes en defender á Dios y a Vasconia».

Pero dicho lema de unión de los católicos no era nuevo. Su origen resultaba variado: 1.º) Los integristas de Nocedal hicieron bandera casi únicamente del antiliberalismo, con omisión de aspectos temporales definitorios de la realidad y de estrategia política, debido a su separación de Don Carlos VII. 2.º) Los nacionalistas vascos proclamaban el «Dios y Fueros» y el «Sólo por Dios ha sonado» de Sabino Arana. 3.º) La unión de los católicos también era el lema del Partido Fuerista, que no era nacionalista, según observa Martínez-Peñuela.

4.º) Sobre todo eran importantes las directrices de unión de los católicos trazadas en su día por León XIII en la encíclica *Cum multa*. Así, en relación con el sermón del P. Evangelista, el programa de unión de los católicos y de anti-liberalismo era suficientemente satisfactorio para que los carlistas e integristas ocultasen de hecho las cuestiones de su divergencia.

Lo más significativo a subrayar en el sermón de *Iber* es la confusión que los términos relativos a la unión de los católicos podía producir en el público, y el oportunismo de su autor. Por una parte, Fr. Evangelista –que era nacionalista vasco– tenía un planteamiento integrista al elevar a rango de tesis y doctrina la unión de los católicos, y dejar totalmente de lado divergencias legítimas, e importantes tácticas políticas que, aunque carácter temporal, eran verdaderamente definitorias de la realidad concreta. En esto *Iber* coincidía con los integristas de Nocedal, aunque el móvil de estos últimos arrancaba de sus divergencias con Don Carlos VII. Por otro lado, esta posición coincidió circunstancialmente con la unión práctica propuesta por León XIII en *Cum multa*. Así, la posición de la Iglesia de unión de los católicos pudo ser aprovechada por la política nacionalista vasca, pues el nacionalismo vasco hacía abstracción de las divergencias temporales y decía subrayar lo común a los católicos vasconavarros: Dios y Fueros. Sin embargo, la diferencia era notable: León XIII hablaba de una unión estratégica y para la práctica política antiliberal, mientras que los nacionalistas convertían esta unión en tesis doctrinal. (Lo actuado por el PNV en 1936 está muy lejos de esto).

En conclusión, la unión estratégica de los católicos propuesta por León XIII fue la ocasión para que los nacionalistas expusieran alguna de sus tesis doctrinales –su lema de Dios y Fueros, omitiendo la interpretación de este lema en clave nacionalista–, con la consiguiente confusión por parte del público que creía que su objetivo era sólo estratégico o político-práctico. Las posturas integrista y nacionalista coincidieron mutuamente –aunque por motivos diferentes– en favor de la unión de los católicos, unión que, por otra parte, pretendían los carlistas, y de la que no querían ser ajenos los católico-liberales alfonsinos.

Lo cierto es que la unión funcional y electoral de los católicos conllevaba grandes problemas prácticos. Constituyó el reto más difícil de todos los católicos españoles toda vez que rechazaba el catolicismo-liberal, y movilizó a quienes se oponían a un supuesto *ralliement* del Vaticano a favor de los liberales conservadores alfonsinos. Dicha unión práctica era fácil de proponer, pero difícil de practicar. En efecto, no era fácil olvidar las diferencias doctrinales, prácticas y tácticas entre: A) Católicos (carlistas e integristas) y católico-liberales (alfonsinos). Recuérdese la brillante polémica mantenida por el magistral de Sevilla, el integrista Félix Roca y Ponsa, contra los liberales conservadores. B) Más secundariamente, entre carlistas legitimistas por un lado e integristas faltos de concreción política por otro. Como nacionalista-separatista, a Fr. Evangelista de Ibero le era fácil reducir la realidad política a «Dios y

Fueros», optar por una política sólo antiliberal, pedir la unidad de los vascos, dejar los Fueros en la inconcreción, y defender la acefalia política práctica, es decir, una política republicana. Al menos, dicho antiliberalismo evitaría el sincretismo religioso al excluir a los elementos católico-liberales dinásticos alfonosinos. Lo que ignoraba *Iber* es que dicho liberalismo anidaba en *La nación vasca* de Aranzadi, y que hacia 1917 el nacionalista Jesús Sarría propuso un nacionalismo abiertamente liberal.

¿Impulso renovador nacionalista en la política? El vasquismo cultural, el programa de unión de los católicos, el nacionalismo autonomista (no independentista) de Sarría de 1917, y la oportunidad de la circunstancia política española en dicho conflictivo año, pudo hacer que el nacionalismo vasco, como el socialismo, fuese por entonces considerado como un movimiento renovador dentro de la política española. Esto quizás justificase el triunfo electoral nacionalista en las elecciones de Vizcaya en 1917 y 1918, y sobre todo el fugaz éxito electoral en las elecciones municipales de Pamplona en 1920, mencionado pero no interpretado así por el historiador García-Sanz (8). En realidad, el nacionalismo vasco era un movimiento rupturista con la tradición vasca y la propia España, la ideología de Aranzadi se anclaba en el catolicismo-liberal, Sarría aceptaba el liberalismo, y hacia 1917 el PNV defendía la Federación Ibérica aunque lo hacía en clave nacionalista. Por eso —y es un juicio de valor— el nacionalismo fue, en realidad, un elemento más que impidió la regeneración o restauración de España en la diversidad de pueblos.

3. LA NACIÓN VASCA DE ENGRACIO DE ARANZADI

3.1. El autor y su obra.

Sabino Arana no ofreció un fundamento intelectual al nacionalismo por falta de preparación; fue separatista en *Bizkaya por su independencia* (1892), pero no un ideólogo nacionalista. La aportación ideológica la hizo el donostiarra Engracio de Aranzadi Etxeberría (*Kizkitza*) —O.B. oblato benedictino— en su obra *La nación vasca*, escrita en castellano y publicada en 1918. Aranzadi (1873-1937) estaba casado y tuvo hijos. Fue íntimo colaborador y principal discípulo de Sabino Arana, de quien recibió muchas confidencias. También fue contemporáneo al capuchino Fray Evangelista de Ibero, cuya obra *Ami vasco* él y otros nacionalistas detenidos corrigieron —según Martínez-Peñuela— en la cárcel de Larrínaga de Bilbao.

Aranzadi fue el filósofo y apologista del nacionalismo vasco, y mantuvo sus mismas tesis en el diario *Euzkadi* —que dirigió en Bilbao de 1913 a 1926—

(8) Ángel García Sanz, *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración (1891-1923)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1990, 177 pp.

hasta su muerte. El nacionalismo del diario *Euzkadi*, de los boletines y prensa nacionalista, y de la propaganda durante la II República, son directamente deudores de los escritos de Aranzadi. Sin embargo, este no estuvo solo en esta labor, pues colaboraron Pedro Mourlane Michelena, Arturo Campión, Jesús de Sarría, Luis de Eleizalde, Ramón y Federico de Belaustegigoitia, etc., cuyo pensamiento analizaremos en otra ocasión. Omitimos también otras obras de Aranzadi (*Kizkitza*) como *Ereintza: Siembra de nacionalismo vasco 1894-1912*, *Reconstitución del pueblo euskaldun...*, *La casa solar vasca. Casa y tierras del apellido*, etc., así como sus artículos del periódico *Euzkadi* que dirigió.

Otro motivo de importancia de Aranzadi es el haber sido testigo de excepción del giro españolista de Sabino Arana que analizaremos. Los documentos que prueban este *giro* quedaron en el archivo de Aranzadi, y actualmente han sido estudiados por el Padre Mauro Elizondo, «sacerdote e investigador afecto al nacionalismo y poco sospechoso, por tanto, de ‘ardides españolistas’» (Blanca Torquemada) (9). También han estudiado dicho giro españolista políticos como José María de Areilza (1965), e historiadores selectos como López Antón (2000), entre otros.

3.2. El libro *La nación vasca*.

El libro de Aranzadi *La nación vasca* (1918) sistematiza la ideología nacionalista. Sigue un desarrollo explicativo y demostrativo, y es un importante intento teórico a tener muy en cuenta en la génesis del nacionalismo vasco. A veces sus contenidos ofrecen cierto desorden y confusión, cierta vaguedad propia del postromanticismo literario. A estos equívocos se le suma precisamente la influencia del idealismo nacionalista europeo de la llamada derecha hegeliana. Si Aranzadi no quiere decir todo lo que escribe, después de él otros lo afirmarán desde una perspectiva más radical, y más socialista, inherente a los revolucionarios descendientes de la antigua izquierda hegeliana.

La obra de Aranzadi permite comprender por qué la ideología del nacionalismo vasco fue un factor de descristianización, a causa precisamente de los elementos liberales que contiene en germen. Debido a sus doctrinas filosóficas, a sus errores históricos, y a su ruptura con la tradición, el nacionalismo de Aranzadi –como todo nacionalismo– puede ser calificado de antivasco. Como contraposición a Aranzadi, el libro *Ami vasco* del citado *Iber* carece de elementos explícitos liberales, salvo la desvertebración política que conlleva el republicanismo, y no se aleja de la ortodoxia, a diferencia de las exageraciones y sutilezas de Aranzadi.

Defendamos a Aranzadi de sus propias exageraciones, pues *Ami vasco* propugna algo que sin duda aprobó Aranzadi en su revisión. El punto 93 de

(9) Blanca Torquemada, “El giro español de Sabino Arana” en *Los domingos ABC*, 22-IV-2001, n.º 84, pág. 2-7.

Ami vasco dice: «Y no os quepa la menor duda: entre ver á Euzkadi en el pleno ejercicio de sus derechos, pero apartada de Cristo, y verla como en 1906, pero fiel á Cristo, el partido nacionalista vasco optaría por lo segundo». Quizá tuvieran que haber recordado esto los nacionalistas vascos de 1936, los que después se han hecho totalmente liberales, y quienes ahora han caído en complacencias hacia EH y ETA.

De todas maneras, *La nación vasca* de Aranzadi carece de originalidad, salvo la parte relativa a los documentos e interpretaciones históricas. En efecto, Aranzadi copia a Arana, y adapta sus contenidos al nacionalismo europeo. Ideológicamente, sigue más al nacionalismo germánico de Herder (nacionalismo existencialista) y de Meinecke (concepción primordialista), que al italiano de Mazzini. No obstante, nunca se refiere expresamente al primer nacionalismo, como tampoco lo hace el semanario nacionalista navarro *Napartarra* (1911-1919). Tanto Aranzadi como los *Napartarras* participan de un concepto herderiano de nación, entendido como una emanación de la naturaleza y un reflejo de la acción divina sobre la historia humana que los hombres deben de respetar y perfeccionar. Puede ser cierto que, como en otros escritos de Aranzadi en el diario *Euzkadi* del que será director desde su fundación en 1913, la expresión literaria de *La nación vasca* pueda tener la influencia de un romanticismo tardío e incluso del *Risorgimento* italiano, quizás conocido por Aranzadi mediante lecturas. En cuanto nacionalista, nuestro autor tomará de Giuseppe Mazzini el «principio de las nacionalidades», según el cual «toda nación tiene derecho a convertirse en Estado soberano».

Comparto el criterio de Beobide Ezpeleta sobre la importancia de Aranzadi en el plano ideológico, cuando aporta la razones siguientes:

«(...) fidelidad substancial al pensamiento original sabiniano a excepción del tema de la institución real o señorial; mejor sistematización del nacionalismo vasco; presentación de la ideología nacionalista con pretensiones científicas; exposición centrada en lo definitorio del nacionalismo, la interpretación de la sociedad vasca como comunidad nacional; larga trayectoria de producción, interpretación y acomodación política desde el mismo Sabino Arana hasta su muerte en 1937; y, por último, gran sensibilidad, no obstante el mantenimiento de sus tesis iniciales, hacia el nacionalismo real» (10).

En esta investigación coincido con el método de la primera parte del interesante trabajo de Beobide, que también analiza *La nación vasca* de Aranzadi. En él, Beobide estudia el concepto de nación, el principio de nacionalidad o

(10) Ignacio María Beobide Ezpeleta, "Nacionalismo vasco: nación y poder", en *Rev. Estudios de Deusto. Revista de la Universidad de Deusto*, Bilbao, Universidad de Deusto, Segunda época, vol. 41/1. Desde su fundación vol. 50 (Fasc. 90). Enero-junio 1993, 9-98 pp., pág. 11, nota 9.

de nacionalidades, la libertad nacional, los derechos exigidos por el principio de nacionalidad, y los objetivos del nacionalismo vasco (págs. 12-32). También añade la interesante crítica que el jesuita Luis Izaga hizo a Aranzadi (págs. 32-33). En su segunda parte, Beobide estudia la oferta del nacionalismo vasco durante la República y la Guerra Civil (págs. 37-98) con un método diferente al anterior.

Sin embargo, considero que nuestras páginas presentan un estudio más completo, sistemático, y crítico que el de Beobide sobre la ideología nacionalista de *La nación vasca* de Aranzadi. A ello añadimos el análisis de los aspectos siguientes: las ideas de *Iber* —que son más ortodoxas que las de Aranzadi—, el liberalismo católico de Aranzadi, el giro españolista de Arana, la posición de los tradicionalistas coetáneos a *Iber* y Aranzadi —criticados a su vez por ambos—, entre otras cuestiones de interés.

4. OBJETIVISMO DE LA NACIÓN FRENTE A VOLUNTARISMO

4.1. La nación convertida en esencia.

En su libro *La nación vasca* Aranzadi se funda con exceso en las esencias, que extiende incluso a la explicación del significado de los antiguos juegos de pelota (pág. 61). El autor parece ignorar la diferencia existente entre lo objetivo y lo relativo, entendiendo por relativo la realidad en su complejidad de relaciones y contextualización, siendo así que lo relativo también puede ser objetivo. También parece ignorar la diferencia entre lo objetivo y el objetivismo por una parte, y lo relativo y el relativismo por otra. Así, en el punto que tratamos, Aranzadi considera que ser vasco es una categoría principal del ser, en vez de ser una categoría secundaria —no por ello accidental— del mismo ser. En realidad crea la nación vasca y lo vasco como ente.

Como buen herderiano, Aranzadi afirma la nación como algo natural o bien parte de la naturaleza, de suerte que, si fuese libre, la nación se perfeccionaría por sí sola y de forma necesaria:

«El sér, por una parte, fruto de los siglos: el llegar, por otra, al alma, las raíces de la vida, y el ser, finalmente, la ley de la vida, el instinto de vida, el de conservación y perfección de la vida, la más imperiosa de las leyes y el instinto de existencia más poderoso del mundo orgánico e inmaterial, explica que constituida la personalidad étnica y manifestada su actividad como persona nacional, se defiende victoriosamente, con los torrentes de energía que los siglos depositaron en sus entrañas, al engendrarla contra todo asalto de negación o muerte» (pág. 17). «(...) la evolución es poder orgánico, expansión de semilla que estalla, sin escándalo, energía de savia que circula favorecida por el suelo y en el cielo, derramando por picos y barrancos, con protestas o sin ellas, vida insofocable».

Para Aranzadi, la ley de la naturaleza se impone con el paso del tiempo:

«Los bosques acariciados por el sol de Febrero, no revelan, tampoco, la virtud del calórico que reciben. Pero llega un día en que la naturaleza queda saturada de fuerza renovadora y ésta surge por los prados, por los robledales, por los hayedos que surgen entre rocas y los tomillos que alfombran las cumbres. Contra ese estallido de vida, nada valen los de la metralla. Cuando llega, lo puede todo, coronando de luz y aromas las huertas de las cárceles y los bordes de las losas sepulcrales» (pág. 23).

Esta eclosión de la naturaleza, esta ley necesaria e inexcusable, expresa un naturalismo propio del romanticismo liberal y de la cultura propia de la revolución ideológica del liberalismo. Aunque puede ser un naturalismo ingenuo, este naturalismo es ajeno a los hechos históricos y a la constitución fáctica o temporal de las sociedades humanas. De esta manera, Aranzadi busca identificar la nación en base a caracteres que indican exclusividad, extendidos a su vez a los juegos populares, la música y los bailes tradicionales (págs. 56-69).

¿En qué se basaba la crítica de los tradicionalistas coetáneos a Aranzadi? Afirmaban que el ser nacional era más complejo de lo que este suponía (sobre todo el referido a la nación española) y que, sin ser accidental, la nación era menos esencial de lo que Aranzadi indicaba, aunque en algún momento este reconociese que la nación sólo tenía vida terrena y, en consecuencia, no era inmortal. Hoy se podía añadir que, en relación con la identidad, y atendiendo la realidad de la vida, la carga genética en cada persona es menor de lo que Aranzadi supone, pues la familia, el entorno de pertenencia, y la educación, predominan sobre la biología, máxime cuando la totalidad de valores de una comunidad excede los valores materiales y aun culturales.

4.2. La raza o el carácter racial como elemento básico de la nación y del racismo moderado de Aranzadi.

4.2.1. Influencia de la época. Para justificar la nación, Aranzadi opta por el nacionalismo germánico, quizás debido a la antigüedad de las comunidades vascas, a sus peculiaridades, y a la posesión secular de la tierra ocupada. Todo ello se plasma en la raza y la lengua, que no se toma como mera una imagen ni una simplificación de la realidad, sino como la realidad misma. Este objetivismo racial y lingüístico se convierte a su vez en cultura.

La identificación objetivista de la comunidad humana por el nacionalismo vasco expresa el rechazo a los elementos siguientes: la frialdad racionalista, el voluntarismo liberal, el centralismo del Estado liberal, el predominio de la familia, así como las libertades y lo jurídico, en la tradición, el igualitarismo y la masificación culturales fruto del individualismo y de la revolución industrial, etc. El marco externo de dicha identificación objetivista fue el resurgir cultural de contenidos euskéricos, los tonos expresivos postrománti-

cos de finales del siglo XIX, y la absorción de la vida e instituciones tradicionales por el centralismo liberal. Paralelamente los tradicionalistas –divididos en carlistas e integristas– advirtieron que el sentido comunitario de un pueblo no se identificaba con el tono racista, ahistórico e inmovilista de Aranzadi.

El objetivismo racial de Aranzadi pudo estar influido por la importancia de las ciencias biológicas y el método empírico. No obstante, el biologismo y el carácter racial se presentan en Aranzadi de una forma más moderada que en Arana. Quizás se deba a que Aranzadi pretendió ofrecer una explicación más intelectual que Arana de la ideología nacionalista. Este carácter racial –algunos hoy lo llamarían racismo, término que debe aplicarse únicamente al materialismo biológico racial– no debe extrañar al lector, pues fue moneda corriente en los argumentos de la época, influidos por el desarrollo de las ciencias biológicas, incluso para justificar la colonización de continentes enteros por Europa. Afirmado el fundamento de la nación en la raza, pero sin definir en qué consiste el carácter racial, Aranzadi rechazaba el materialismo implícito del racismo propiamente dicho.

¿Pensaron siempre lo mismo los nacionalistas sobre el carácter racial del pueblo vasco? La respuesta es afirmativa por lo que respecta hasta la segunda mitad del siglo XX. Sabino Arana y Aranzadi otorgaron a la lengua un carácter subsidiario respecto al factor racial. Aunque hacia 1917 en el caso de Jesús Sarría y en la propaganda nacionalista realizada durante la II República, la lengua fue de hecho cobrando una importancia cada vez mayor, la ideología nacionalista mantuvo el predominio del carácter racial. Por ejemplo, Aranzadi en el diario *Euzkadi*. Así, la defensa de la raza, del espíritu colectivo, de la lengua, de las instituciones específicas, etc., se sucedían en dicho orden, entre las manifestaciones del espíritu, las costumbres, y la personalidad raciales. Este término de espíritu racial no es nuevo, pues emerge de las paradojas establecidas en *La nación vasca* de Aranzadi, tan literarias como supuestamente reales.

Hemos hablado del resurgir cultural vasquista. ¿Qué decir de él? Por ejemplo, aunque sin ser verdadero nacionalista y sus ideas sean diferentes a Aranzadi, Hermilio de Olóriz y Azparren (1854-1919) es, en Navarra, un ejemplo de vasquismo y postromanticismo cultural herderiano, de carácter fuerista. Puede ser un precursor muy incipiente del nacionalismo cultural, con algunos elementos del nacionalismo político vasco, pero sin ser propiamente nacionalista (11). «¿Se puede hablar de un nacionalismo vasco anterior a los nacionalistas que reivindicaron esta etiqueta?», se pregunta J.L. Nieva Zardoya en 1995. Desde luego, Olóriz no defenderá los fundamentos nacionalistas de *Iber* y Aranzadi, pues su perspectiva comienza y termina

(11) José Luis Nieva Zardoya, en VV.AA. *La Gamazada. Ocho estudios para un centenario*, Pamplona, EUNSA, 1995, 332 pp. pág. 274.

básicamente en Navarra, y tiene un carácter principalmente histórico, jurídico y cultural. Su colaboración poética con los nacionalistas vascos en el Centro Vasco de Pamplona y el semanario *Napartarra* es literaria y circunstancial.

4.2.2. La raza es la base de la Nación. Para Aranzadi la raza es la sustancia nacional, la nación, la razón de la existencia y libertad nacionales. Aunque no define qué entiende por raza y sangre, con ello se refiere al soporte biológico de la persona, toda vez que fundamenta la nación o la nacionalidad en la «sustantividad del principio de la procedencia de la sangre, o del nacimiento» (pág. 12). En efecto, la «nación nos habla de nacimiento, procedencia y sangre» (pág. 12). Aranzadi entiende el término raza en un sentido biológico, y la identifica con «el alma de la nacionalidad» (pág. 19), de manera que «el alma de las naciones es la raza; el idioma, su expresión; su gobierno, leyes o instituciones, la acción de esta raza. Y el territorio es el medio en que se desenvuelve» (pág. 69). Para Aranzadi, el sentimiento vasquista de Sabino Arana «sobrevivió al naufragio de la conciencia nacional, por la acción, siempre menospreciada y oculta, de la sangre, luchando sin otro auxilio que el instinto de la vida» (pág. 155).

Influenciado por el postromanticismo, Aranzadi retrotrae la identidad y diferenciación de la raza vasca a los comienzos de la historia conocida, de manera que la existencia de razas no implicaba doctrina alguna poligenista. Convierte la raza en la característica primigenia y natural de la nación, y hace coincidir la Ley natural de los derechos étnicos con la historia del origen de las naciones (págs. 12-13).

«La raza constituye, como vimos, el alma de la nacionalidad. La sustancia nacional está en la raza. Luego no es la independencia factor de la nacionalidad. El derecho a la vida propia, he ahí, repetimos, el principio de nacionalidad. Lo sustancial es esto. Lo demás, debe ser perseguido justicieramente, en cuanto conviene a la subsistencia de la nacionalidad, debe ser combatido en cuanto se opone a esto» (pág. 19).

Por su parte, el capuchino *Iber* en *Ami vasco* señala que el objetivo del nacionalismo es «el derecho de la raza vasca á vivir con independencia de toda otra raza» (punto 49). La base de ese sistema sería «la distinción que existe entre la raza vasca y las demás que pueblan la tierra» (punto 50). Así lo creyó también Aranzadi hasta su fallecimiento en 1937.

4.2.3. La raza es el principio de la nacionalidad. Las afirmaciones raciales de Aranzadi se justifican en el principio de nacionalidad (capítulo I, punto 3). Según este principio, el proceso de configuración racial se expone de la manera siguiente:

«No hay, como decimos, luz histórica que ilumine las cunas de las razas. Su formación es obra de largos siglos. Actuaron en ellas primeramente, las influencias externas de la naturaleza, de modo exclusivo, y luego, desde que se inició, en las sociedades, la diversidad, su personalidad, laboraron aquellos agentes externos en colaboración con las fuerzas innovadoras psíquicas, concebidas y desarrolladas por la armonía perpétua que se da entre el cuerpo y el alma del hombre.

Reposadamente y cada vez con más relieve, se hubieron de fijar las diferencias de cuerpo y espíritu y al terminar, al fin de los siglos, la gestación étnica, los tipos de los diversos grupos humanos, que luego la historia conoció, salieron a luz con alma propia, con espíritu racial propio. El sér, por una parte, fruto de los siglos: el llegar, por otra, al alma, las raíces de la vida, y el ser, finalmente, la ley de la vida, el instinto de vida, el de conservación y perfección de la vida, la más imperiosa de las leyes y el instinto de existencia más poderoso del mundo orgánico é inmaterial, explica que constituida la personalidad étnica y manifestada su actividad como persona nacional, se defiende victoriosamente, con los torrentes de energía que los siglos depositaron en sus entrañas, al engendrarla contra todo asalto de negación o muerte.

Y queda con esto revelado, qué sea, a nuestro juicio, el principio de nacionalidad. Un principio de derecho natural, que puede formularse diciendo que «es el derecho a la vida, y a la vida propia, que asiste a la persona nacional para seguir su vocación propia o cumplir su destino». (pág. 17).

Aclarar este texto no es fácil. ¿Cuál es la mejor interpretación del proceso de la configuración de la raza en Aranzadi? En un primer momento interprete el texto citado, relativo al origen de la nación o raza, desde una perspectiva filosófica y metafísica, teniendo en cuenta la teoría hilemórfica, el creacionismo, la teoría emergentista, el biologismo y el evolucionismo moderado. Fruto de ello se originaban graves lagunas, insuficiencias e incoherencias. Sin embargo, dicha interpretación era errónea porque todo el texto anterior se refiere al hombre ya configurado. Ello no impide que las citadas afirmaciones de Aranzadi carezcan de calado filosófico y metafísico, contengan elementos poco rigurosos, y se basen en suposiciones e intuiciones.

Para entender el texto citado es importante destacar las ideas previas siguientes: A) El texto de Aranzadi no es demostrativo sino tan sólo expositivo. B) El autor de este fragmento continúa un discurso previo sobre la sociabilidad humana, con pretensiones históricas, que explica la evolución escalonada desde la familia, la gens, la tribu, la ciudad, y los Estados no nacionales (debido a la falta de diversidad de sangre), hasta llegar a la consolidación de las razas con la consiguiente aparición de las naciones, toda vez que nación y raza biológica se identifican para Aranzadi. C) Aranzadi reconoce que su explicación sobre el origen de la raza vasca carece de comprobación histórica, y que no supone la existencia de unos padres primigenios a cada raza o nación. D) El autor afirma claramente la diferencia entre cuerpo y alma. E) Se considera la raza y la etnia como realidades diferentes. La raza es el soporte

biológico que sigue una línea de evolución propia al margen de consideraciones relativas a la teoría hilemórfica. A su vez, la etnia es el tipo humano compuesto de una raza y un espíritu peculiares, fruto este de las llamadas fuerzas innovadoras psíquicas. La relación entre la raza y las fuerzas psíquicas se expresaría en la armonía entre cuerpo y alma. F) Es preciso destacar que, en este fragmento, Aranzadi no prefiere la raza al espíritu nacional, mientras en su libro la raza es el elemento principal de la nacionalidad, como recordaremos en el punto 4.2.4 de este trabajo. G) Aunque Aranzadi no dice que las fuerzas innovadoras psíquicas se identifiquen con la lengua, permite pensar en esta identidad al menos parcialmente, sobre todo si se tiene en cuenta que —según él— la lengua es el segundo elemento configurador de la nación después de la raza.

Según el texto, primero se configuraron los Estados primitivos, unidos todos por una misma sangre o raza. A continuación se inició un proceso para la formación y consolidación de razas que duró largos siglos. Este proceso que arranca desde la unidad hasta la variedad de razas, se debe únicamente a las condiciones físicas o influencias externas de la naturaleza material. En realidad, este cambio es indemostrable para ambos momentos históricos.

Menos demostrable es todavía el posterior inicio de la diversidad social. Lo novedoso en dicha diversidad es la actuación de las fuerzas innovadoras psíquicas (funciones del alma y no la propia alma) en colaboración con los anteriores agentes externos o materiales. Dichas fuerzas psíquicas configurarían el espíritu, mientras que los agentes externos incidirían sobre el cuerpo racial. El resultado final sería el tipo étnico. Citar ahora la armonía entre el alma y el cuerpo propia de la teoría hilemórfica no añade explicación alguna. Es importante destacar que el autor no diga que las fuerzas innovadoras psíquicas incidan en la configuración de la raza. En efecto, en todo el discurso, y después al afirmar la naturaleza corporal y espiritual del ser humano, se soslaya el materialismo. Por eso, carece de categoría ontológica el mencionado espíritu racial como resultado étnico, calificado también como persona nacional. De todas maneras, cada etnia se diferenciaría por los tres aspectos siguientes: su antigüedad, su configuración interna que llega hasta el alma humana, y el instinto de conservación propio del mundo material e inmaterial.

Nuestra crítica a Aranzadi, que no es demostrativo, se basa en los aspectos siguientes: A) Se observan diferentes lagunas entre los diferentes momentos históricos y las situaciones citadas. B) La teoría hilemórfica no justifica el llamado espíritu racial propiamente dicho. No creo que Aranzadi admita que la raza biológica —no ya el cuerpo humano— se identifique, al menos en parte, en cuanto informada por el alma humana. O bien que se pueda demostrar que el alma colabore con las influencias externas de la naturaleza, incidiendo sobre el soporte material hasta originar razas diferentes. C) Es preciso identificar cuales son las fuerzas innovadoras psíquicas, si tienen relación con el lenguaje y si se reducen a él. D) Se tiene que justificar mediante un accidente o acto segundo

la presencia y acción de las citadas fuerzas innovadoras psíquicas del hombre, y otorgarles un estatus ontológico ya sea como facultades del alma ya como propia alma. E) Debe destacarse que las fuerzas innovadas psíquicas surgen del hombre individual, y que actúan más sobre el hombre concreto que sobre la colectividad, aunque tengan en esta sus manifestaciones originando una comunidad con peculiaridades de orden espiritual. F) La actuación de las fuerzas innovadoras psíquicas pudieron ser anteriores a la configuración de las razas o naciones. G) Es difícil implicar el querer directo y expreso de Dios en el origen de las naciones, cuando dicho origen es tan relativo y complicado según muestra Aranzadi. H) Se crea la nación como *ente*, se la convierte en un ente cuasi-necesario (necesario por Otro, que es Dios), y se le hace tender al absoluto. I) El planteamiento de Aranzadi es voluntarista, y sus motivos surgen en última instancia de dicha voluntad.

En cualquier caso, cuando Aranzadi afirma y ensalza la raza como valor propio, subraya el carácter objetivo –no voluntarista– de la nación vasca, y encomia también las diferencias espirituales de dicha nación. Que otros hagan derivar la afirmación racial en un racismo abiertamente materialista, y en una superioridad racial fruto de orgullo más aberrante, es otra cosa.

Según este objetivismo racial –no sin claras alusiones por Aranzadi a reacciones violentas que no vamos a profundizar pero sí advertir–, ni la libertad, ni la independencia, serían factores de la nacionalidad. Ambas sólo serían medios para la afirmación nacional aunque, eso sí, según Aranzadi serían medios necesarios para la vida (págs. 20-21, 179-180).

Aranzadi considera que la nacionalidad es más que la sangre, aunque sobre todo sea esta última. Supone también un idioma e instituciones, que surgen «como frutos étnicos, o como efectos de una sangre, que vivifica a todos y empuja suave, irresistiblemente, en la misma dirección» (págs. 13-14). No obstante, entre todos estos elementos el autor destaca, como principales, la raza y el idioma y, entre ambos, la raza. La raza sería, más que el idioma, el fundamento de la nación. La raza y no el idioma sería una cualidad sustancial de la nación (personalmente no creo que Mazzini afirmase esto):

«Es la raza el constitutivo de la nacionalidad. Y la unidad de lengua e instituciones, en propio territorio, son características de la personalidad nacional» (pág. 180).

Así, la raza sería el origen material de la nación, suficiente para determinar la nacionalidad. Los aspectos espirituales serían la personalidad de dicha nación. Cuando Aranzadi afirma el objetivismo inherente a su concepto de nación, reconoce como falso afirmar que:

«La nacionalidad y las naciones no son obras de Dios, ni realidades objetivas, sino meras creaciones volitivas. La voluntad humana, manifestándose en ansias de libertad, constituye las nacionalidades» (pág. 180).

Este objetivismo de la nación implica considerar que la realidad es ajena a la voluntad humana y que se deriva de la acción de Dios creador. Trasladando esto a la acción nacional:

«Nuestra acción social vasca tiende en primer término a la conservación de la raza. Todo, dentro de la justicia, se subordina a esto, que es lo principal y lo que demanda de los patriotas, delicadísima atención, por la debilidad numérica de la vasca, amagada de disolución. Y en este orden de la actividad, trata el nacionalismo de combatir la emigración (...)» (pág. 180). «Mas de que el derecho a la libertad de la raza, no sea el más excelente, no se sigue, que sea secundario. La subordinación existe respecto a la vida y desarrollo de la nacionalidad vasca. Pero nada más» (pág. 181).

En Aranzadi hay dos enfoques y metodologías diferentes, también advertidas por Beobide. Se trata de los títulos históricos y los títulos filosóficos como fundamento de la nacionalidad. El hecho que Aranzadi fundamente el derecho a la libertad originaria del pueblo vasco en los títulos históricos (ya los utilizó Sabino Arana) y en sus ideas o títulos filosóficos sobre la nacionalidad (a diferencia de Arana) (pág. 181), ¿implica que los derechos históricos desplacen a un segundo lugar los aspectos raciales? No por cierto, pues la filosofía de Aranzadi sobre la nacionalidad (donde la raza ocupa un lugar prioritario) prima sobre la historia cuando: 1.º Se habla de «la expansión santa del genio de la raza, de su idioma, de sus fundamentales instituciones de gobierno, cuya bondad acreditaron los siglos; y la libertad necesaria para el desenvolvimiento de las características de esta raza» (pág. 184). 2.º Se habla de la «expresión de la unidad étnica o nacional. Y el Ideal racial, no se verá satisfecho, hasta que Laburdi, Zuberoa y la Baja Navarra, regiones de la patria como Bizcaya o Guipúzkoa, se unan o incorporen a la familia vasca para no apartarse jamás» (pág. 185).

Como conclusión, Aranzadi (*Kizkitza*) otorga a su concepto de nación un contenido étnico y racial, y considera que la raza biológica es un factor determinante en el nacionalismo vasco.

4.2.4. El sentido propio del concepto «raza», el biologismo moderado, y la exageración del principio biológico. A la conclusión anterior de Aranzadi puede plantearse dos nuevas preguntas. Primera: así como *Ami vasco* de *Iber* incluye el concepto origen, ¿habrá que hablar en Aranzadi del origen paterno más que del origen racial y de la raza, y otorgar al origen racial un carácter más moral que biológico? Segunda: la defensa

de la raza ¿implica un materialismo racista? La respuesta a ambas preguntas es negativa.

En primer lugar, Aranzadi habla con insistencia de la raza y la sangre, y no del origen paterno, aunque suponga necesariamente este último. Por su parte, *Iber* considerará los tres términos como sinónimos.

En segundo lugar, el discurso de Aranzadi adolece de un aparente materialismo racista, que el autor corrige en otras páginas de su libro. Lo cierto es que Aranzadi incide excesivamente en la materialidad cuando afirma –quizás sin advertirlo– que las condiciones naturales y biológicas «imprimen a las razas un modo de ser y con ello un modo de obrar, peculiar» (pág. 13), y que las instituciones políticas de los pueblos responden a la variedad de las razas y grupos étnicos humanos (pág. 31). Asimismo, la lengua y las instituciones brotarían «como frutos étnicos, o como efectos de una sangre, que vivifica a todos y empuja suave, irresistiblemente, en la misma dirección» (pág. 14). También se insiste en «la acción, siempre menospreciada y oculta, de la sangre, luchando sin otro auxilio que el instinto de vida» (pág. 155). Sin embargo, hoy sabemos que la influencia genética no determina la persona ni es tan elevada como supone Aranzadi.

Estas afirmaciones –que siguen las de Sabino Arana– parecen materialistas, aunque ya hemos dicho que su autor las modera en otras páginas. Asunto diferente es que Aranzadi quisiera decir otra cosa, como el espeso circunloquio realizado por *Iber* –al que luego nos referiremos– cuando intenta probar la diferencia entre las razas por la diferencia de idiomas (*Ami vasco*, puntos 53 a 56). Aranzadi matiza sus posiciones cuando afirma que después de las influencias externas que originaron las razas, intervinieron las fuerzas innovadoras psíquicas para establecer las diferencias del espíritu propio del grupo nacional. Lo hemos explicado antes (punto 2.4.3).

Cuando Aranzadi sitúa el concepto raza en un contexto más general, su concepción moderadamente biologista –que de serlo totalmente se transformaría en materialista– adquiere una orientación más amplia, aunque sin negar el biologismo al que en todo momento fortalece. En tal caso, la raza, vinculada al temperamento, la lengua, la cultura, etc., permitiría sustentar la «persona nacional», es decir, lo que se denomina «lo vasco». Aranzadi dice así:

«Nuestra acción social vasca tiende en primer término a la conservación de la raza. Todo, dentro de la justicia, se subordina a esto, que es lo principal y lo que demanda de los patriotas, delicadísima atención, por la debilidad numérica de la vasca, amagada de disolución (...). La acción social euzkerista o amparadora del idioma vasco, se dirige al mismo fin y al nobilísimo de colocar a la raza en vías de verdadera perfección moral e intelectual, imposible con la adaptación de un instrumento de asimilación y expansión de ideas, que no es el propio y natural de los vascos.

La acción social vasca de cultura, enfocada al mismo euzkera, a la Antropología, Derecho, Historia y Economía indígenas, a las Bellas Artes, y a todas las manifestaciones de la vida racial y espiritual, va a ese fin; el de asegurar por el conocimiento, raíz de amor, la conservación de la persona nacional y estimular su engrandecimiento orgánico, por la creación de un ambiente propicio al florecimiento de todo lo vasco» (págs. 180-181).

En conclusión: el biologismo de Aranzadi en *La nación vasca* (1918) es real, aunque sea moderado. No es materialista, aunque supone un exceso de biología. En esto Aranzadi es más profundo que Fray Evangelista de Ibero —*Iber*— en *Ami vasco* (1906), al pretender otorgar un carácter científico-filosófico a sus afirmaciones. En efecto, si *Iber* afirma la raza como primer fundamento de la nación, Aranzadi quiere justificarlo teóricamente, aunque no lo consigue. En 1917, Sarría, de cara al electorado, insistirá en la construcción de la nación vasca, pero sin insistir en la cuestión racial que cita en algunas ocasiones.

4.2.5. Comparación entre Aranzadi y Fray Evangelista de Ibero. Ambos autores se expresan de una forma similar, y en ellos la raza ocupa un primer lugar. El biologismo de *Iber* es menos agresivo que el biologismo moderado de Aranzadi, quizás porque no pretende justificar sino sólo exponer su posición.

Por una parte, *Iber* no define qué entiende por raza, en la que parece incluir la base genética (que sin embargo no cita) y el tipo externo físico o corporal.

En segundo lugar, consideremos la raza como principal seña de identidad. Como en Aranzadi, Fray Evangelista añade secundariamente a la raza otros elementos de identidad. Tales son el idioma, el carácter, las costumbres, las leyes fundamentales, las glorias, las tendencias o aspiraciones, los destinos (*Ami vasco*, punto 1.º). Sin embargo, los elementos esenciales serían la raza seguida, en segundo lugar, de la lengua (punto 2.º). En consecuencia, para ser vasco no sería suficiente nacer en el territorio, sino que es necesario proceder de padres vascos, de manera que «un Fernández ó un González jamás podrá llamarse vasco, así vea la luz primera en lo más escondido de los montes de Guipúzkoa» (punto 21 ss.). Esto último choca con la posterior concepción voluntarista y pragmática de Jesús de Sarría en 1917, cuya política-práctica parece modificar este punto doctrinal. Por lo dicho, según *Iber*, «Patria es sinónimo de raza ó Nación» (punto 26).

En otro lugar, *Iber* afirma que todo católico debe ser nacionalista. Para *Iber* el catolicismo es parte integrante de la nacionalidad polaca e irlandesa por nutrir la esencia de sus leyes, fiestas, tradiciones, y su ser más hondo. Consecuencia de ello, afirma que no se pueden conservar o restaurar estos elementos «si se les despoja del principal (elemento) que los informa y les dé

vida» (punto 17). Lo mismo puede decir dicho autor sobre los vascos, aunque no lo haga expresamente. En este punto, *Iber* realiza una equívoca relación lógica al decir: ya que las naciones de Polonia e Irlanda son profundamente católicas, el clero y los católicos polacos e irlandeses son, en su mayoría, fervorosos nacionalistas. Si el autor afirma claramente que todo nacionalista debe ser católico (punto 18), debe aclarar que no por ser católico se debía ser nacionalista. Sin embargo, son precisamente Aranzadi e *Iber* quienes afirman que todo buen católico debe ser nacionalista, pues no es posible vivir el catolicismo en España (que confunden con la España liberal). A esto diremos que siempre las medias verdades fueron la mejor arma de los nacionalistas. Desde luego, por muchas razones Polonia e Irlanda no podían equipararse con el llamado pueblo vasco, pues este siempre había sido profundamente español, y gran parte de los vascos no eran nacionalistas.

Tercero. *Iber* considera que el componente biológico es una parte de un todo, al que dicha parte no determina. Aunque *Iber* indique que todo (carácter, costumbres, leyes fundamentales, glorias, tendencias y destinos de la nación) es consecuencia de la raza y la lengua, y singularmente de la raza (punto 2.º), y aunque la ambigüedad y confusionismo de la época permita hablar de la «herencia (de los) caracteres morales propios de las (...) razas», no obstante después *Iber* afirmará que la herencia natural puede ser modificada por el entorno de pertenencia y el libre ejercicio de la voluntad (punto 28). A pesar de ello, esto lleva a *Iber* a combatir los matrimonios mixtos o de personas de diferentes razas (punto 31) y, precisamente por esto, en caso de haber matrimonios mixtos, dice que la herencia vasca es la que podía y debía prevalecer (punto 28). De todas maneras, *Iber* afirmará que la «diferencia física nunca será tan importante, tan íntima, tan científica, como la de las lenguas y los caracteres morales» (punto 6), lo que contradice los puntos anteriores donde señala la raza como elemento fundamental de la nación.

Iber modera su biologismo cuando otorga a la raza una mayor amplitud que los aspectos externos raciales de base genética (término este que no cita). Para *Iber* hay factores exteriores físicos y corporales que distinguen las razas entre sí. Tales serían las diferencias externas entre la raza blanca, negra y amarilla, así como los tipos antropológicos francés, inglés, alemán y vasco, conforme a la diferencia que existe entre las razas y las subrazas o tipos raciales. Sin embargo, *Iber* se aleja del biologismo materialista al admitir la biología tan sólo como mero soporte físico y condicionado. Más que determinismo biológico, en *Iber* se observa un biologismo moderado, que incide, algo menos que Aranzadi, en los elementos materiales, quizás porque no se propone explicar o justificarlos.

Cuarto. Sobre la vaguedad en la relación entre raza y lengua. Por una parte, *Iber* afirma que la identidad o la diversidad de razas se manifiesta en la identidad o diversidad de lenguas (raza y lengua se diferencian), «de tal manera que, cuanto mayor sea la diferencia que media entre las lenguas de dos

